

Borrador de nata

Cristian A. Verano*

Hace 9 años que no abría el libro de comprensión de lectura. Una portada poco atractiva y un tamaño de libro escolar, de esos que provoca ver en una prensa de no sé cuántas libras de presión, junto a los cuadernos de hojas dobladas por el impertinente, apurado e incorregible codo. El libro de comprensión de lectura había sido llenado a lápiz por mí, pero tenía múltiples signos de interrogación en color rojo sobre las letras hechas con el indefinido grafito, un veredicto poco menos escueto que el motivo de su juzgamiento. Letras sobre letras, firmas sobre firmas, pocos “bien”, algunos “por qué”, otros tantos “ok”. Estaba pasando las hojas de ese libro sin mucho interés, hasta que me encontré con las últimas páginas, las que no tienen siquiera una letra impresa, una suerte de agenda tácita con la que editores y editoriales parecen disculparse, el espacio que el profesor jamás tomará en serio, el lugar para ser escritor, pintor, diseñador, secretario y quién sabe qué otras tantas cosas más. Mi lugar, nombres con distintas letras que pertenecían a distintas personas, tan desordenados como esas horas en que la tinta barata le dio forma y significado al blanco de esas dos páginas finales.

Ahora cojo mi borrador de nata, abro mi mano para tensar la hoja, no se vaya a arrugar; y comienzo a borrar lo que hace nueve años escribí, no lo leo, no lo quiero leer, me amargaría leerlo. Son trazos que destruyen y a la vez reconstruyen, se va una “i”, se va una “p”... se van momentos que quedaron estancados, como una especie de represamiento grafológico

vital. ¡Bah! ¡Perdónese la trascendencia! Y mientras las letras se atenúan y atenúan hasta desaparecer mi vida se va con ellas y el recuerdo de esos momentos en que allí las puse no es claro y se desdibuja. Y como no he sido muy memorioso, esos instantes de un ayer lejano se hacen girones, se hacen olvido. Y los suspiros, las miradas, los deseos y el asombro de ese año, de esas letras que formaron palabras, y luego oraciones, y luego argumentos inducidos se han perdido para siempre. No paro de borrar, el desfreno me puede, arrugo la hoja, casi la rasgo, pero no ha sido a propósito, podría jurarlo. Pensar que esos pequeños residuos del borrador y el grafito se llevan pedazos de mi existencia es algo casi sublime.

Alguna vez acompañé a un viejo a hacer algo parecido. Se mudaba y volvía sobre hojas amarillas y fotos en blanco y negro. Aunque el tiempo apremiaba no podía dejar de leer las cartas y ver las fotos, imágenes y palabras que reunían toda su vida, lo que fue y lo que pudo ser y no fue. El viejo, de forma burlesca, daba un beso a una que otra carta o foto para luego rasgarla y echarla a la basura de donde ya no retornaría, fue una imagen tan bella la de ver al viejo besar el papel arrugado como su cara, mientras sus ojos se cerraban débilmente. Cuando los abrió, sin embargo, pude advertir un rastro de tristeza que era impronunciable y que sólo él podía entender. Por un momento me vi en esos vidriosos ojos claros y remotos, ya no rasgando recuerdos, me vi siendo yo el rasgado, de golpe ya no era yo quien olvidaba, era a mí a quien olvidaban.

* Estudiante Universidad Distrital F.J.C krracas@yahoo.es